

Cuento de Navidad para tontos

SE equivocaba el tontico. Hacía mucho rato que esperaba en su habitación a que llegaran Pepe o Antonio para bajar al jardín, a jugar con la pelota, o a dar saltos, o a correr, que lo que Pepe no quería es que se estuviera sentado en un banco, o en la hierba. Antonio, un día, se enfadó con él y le dijo que si es que estaba pensando que no quería jugar.

Al tontico le pareció que se hacía de noche de una manera rara. No

ESTUVO largo rato mirando por la ventana, la del 105, como embozado. Recordaba que los domingos, por ejemplo, no era igual que otros días. O que, a veces, los días eran muy largos y hacía calor. O que llovía y el viento y los truenos le daban miedo. Pero esta noche no la entendía. Y tampoco tenía miedo.

Se asomó al pasillo. No había nadie. La silla, junto a la escalera, en la que se sentaban a fumar cigarrillos Pepe, Antonio o Rufino algunas veces, estaba vacía. Al pasar tampoco oyó las risas de Manolín, el del 103, que siempre se estaba riendo solo; ni las voces de Emilio, el del 99, que siempre estaba enfadado.

Bajó solo la escalera. Como no estaban Rufino, ni Pepe ni Antonio, no podían decir, como siempre, si bajaba para comer, para ir al jardín, o para ver a doña Matilde que algunas veces le traía caramelos y juguetes.

Al terminar la escalera, si te ibas para un lado, estaba el comedor. Si para el otro, el salón grande donde se ve la televisión o los libros de cuentos. La gran puerta de hierro está enfrente. Y estaba abierta. Fuera, Juan, el jardinero, tampoco estaba.

El tontico se puso a andar hacia la parte alta de la finca, hacia el caserón viejo. Juan nunca le dejaba subir hasta allí y le decía que tuviera cuidado porque en el caserón había perros muy grandes. Hacía frío. Los faros de los coches alumbraban a ráfagas los muros del caserón y el enredo de árboles y matorrales. Una fila de tuyas, con unos alambres flácidos, señalaban la frontera. El tontico separó los alambres, uno en cada mano, como si tocara el acordeón, se metió por el hueco, saltó, perdió el equilibrio, rodó por la tierra blanda, y se encontró a unos pasos de la carretera.

Se había fugado sin darse cuenta. Como otras veces, antes de que le trajeran a la fundación. Le pasaba siempre lo mismo: era como si de repente alguien le empujara desde dentro, obligándole a andar. A veces había caminado toda la noche. Luego, cuando lo encontraban, nunca se acordaba bien y no podía decir adonde quería ir. Ni adonde había ido.

«¿Qué va?» —contestaba siempre, de la misma manera, con el mismo gesto, encogiendo los hombros, sonriendo con la cabeza amagada, y lanzando las dos sílabas como en un suspiro.

«¿Y por qué te escapas de casa? ¡No ves qué disgusto tan grande para tu pobre madre que está enferma? ¿Es que te has enfadado por algo?»



Esta vez no era igual. Estaba muy bien en su habitación, con los tacos de madera para hacer torres, los cartones de colores para recortar, y muchos cuentos de dibujos. No quería escaparse. Tampoco le empujaban desde dentro, como antes. Hubiera querido saber decir que lo que sentía era curiosidad, porque esa noche él notaba que las cosas estaban pasando de otra manera.

Se puso a andar, de manera que andó largo rato. El tontico no anduvo, que no sabía anduvar, sino que andó y andó. Seguía la dirección de la luz que se veía al fondo. Iba por la orilla de la carretera y poco a poco se adentró

en el embudo. Los coches se iban quedando pegados unos a otros, como jugando a chocarse, conforme entraban en la gran avenida de la ciudad.

La calle estaba llena de gentes que llevaban paquetes, se saludaban a voces, y echaban como un humillo blanco y breve al respirar. Se decían cosas de felicidades y de pascuas. Se daban grandes golpes en las espaldas, se cogían las manos y las apretaban fuerte antes de separarse, y algunos cantaban y reían y llevaban gorritos de papel y pitos de cartón.

El tontico sabía que se reían sin ganas y que no estaban tan contentos como se creían,

sabría explicarlo. Quería decir que no se oía ningún ruido en los pastillos, por donde siempre iba o venía alguien. Parecía que todos se habían ido, o estaban escondidos. Las señales que a esas horas subían desde el jardín y desde el trozo de carretera que se veía al fondo eran también distintas: pensaba esto el tontico queriendo decir que los perros ladraban a unas horas; la carretera se iba encendiendo a otras; los árboles movían así sus ramas; la tierra cambiaba su olor, y los pájaros decían tales cosas, y que cada día pasaba lo que tenía que pasar.

y paraban junto al banco. Subían unos y bajaban otros. Poco a poco, los autobuses, la calle, las luces, la gente, se fueron haciendo muy pequeños y se fueron alejando, alejando...

El sueño era así de grande y le llenaba los ojos, la cabeza, los brazos, el cuerpo. Se arrinconó en el banquillo y aún pudo sentir como Antonio le apagaba la luz de la habitación y le arropaba con la manta antes de dormirse profundamente.

Comenzó entonces a hacer una torre tan alta, tan alta, que tenía que volar por los aires para ir colocando los tacos. Antonio no sabía hacer la suya: se le caían todas las maderas recortadas, y al caer, se iban convirtiendo en pajaritos de colores. Porque con los pies muy fríos se sueña siempre en color. El tontico podía ver ahora el verde intenso de los pinos, las flores amarillas que crecían de repente y desaparecían enseguida, y las paredes de la habitación que se habían vuelto rojas.

Por la gran avenida ya sólo pasaban algunos jóvenes comunistas que acudían a la Misa de Gallo, como alternativa; y algún director general oriundo que acudía con retraso, por obligaciones del despacho de última hora, a plantar de incógnito un arbolito de Navidad en el hogar provinciano de sus mayores. Como plataforma para la autonomía y la buena voluntad, unos mensajeros obsequiaban con productos de la tierra a los últimos viandantes.

Al poco, la calle comenzó a vaciarse muy deprisa. Algún taxi pasó como huyendo. Desaparecieron los autobuses. En el sueño del tontico se fueron apagando las luces, los colores y las altas torres. Un espacio negro, muy negro se lo quería tragar todo.

Paró un 091. Dos ángeles caqui, vaya noche compañero, se acercaron al niño dormido. Un temblor fino le agitaba.

«Antonio, estoy todo el rato llamándote. Tengo frío. Tengo miedo».

El conductor conectó la sirena con el alba que ya venía. Se equivocaba el tontico. La noche se había puesto de una palidez agonizante, mientras seguíamos habitando en ella, innecesariamente, nosotros los tontos.

Texto:
FRANCISCO CARLES
EGEA
Ilustración:
PARRAGA